

**“Economía ética para un desarrollo social global sostenible”**

El mercado que ha sustituido a los valores y “principios democráticos”, tan lúcidamente establecidos en la Constitución de la UNESCO, está acorralando a la política. Con noticias sesgadas e interesadas, con evaluaciones tendenciosas, los grandes consorcios financieros y mediáticos están consiguiendo trastocar los pilares de una economía basada en el conocimiento y en el bienestar social.

El gran error de la Unión Europea poniendo en manos del Presidente Bush -¡ya elegido el Presidente Obama!- la solución de las crisis (económica, medioambiental, ética...): “mercado libre, comercio libre, economía libre”, manifestó en Camp David ante el Presidente francés Sarkozy (que se había referido a “un nuevo capitalismo”) y el Presidente de la Comisión Europea, Sr. Durao Barroso (que había cometido la intrepidez de hablar de “un nuevo orden económico”). Como era previsible, la “solución Bush” condujo al “rescate” de las mismas entidades bancarias que condujeron a tan gravísima situación, dejando tan perpleja como irritada a una sociedad a la que, en tan solo unos años, le habían negado los fondos para la lucha contra la pobreza, el hambre, el Sida... (Objetivos del Milenio) y que veía como, súbitamente, aparecían más de 700,000 millones de dólares sólo en los Estados Unidos.

Con dinero público se socorrió a instituciones financieras privadas, y al poco tiempo los Estados, empobrecidos, tuvieron que “ajustar” sus presupuestos y recortar las partidas de carácter social.

Ha sido todo un gran disparate. Y, por si fuera poco, los “rescatados” han impuesto después sus exigencias a los “rescatadores”. El capital ha ganado la partida: la economía mundial sigue guiada por la “codicia e irresponsabilidad”,

según palabras de Obama; los gastos militares siguen representando más de 3,000 millones de dólares al día, al tiempo que mueren de hambre 60,000 personas, la mayor parte de ellas niños; siguen los paraísos fiscales y la ausencia de mecanismos reguladores; las ayudas se transformaron en préstamos y la cooperación internacional en explotación; las Naciones Unidas quedaron marginadas y los países más prósperos dieron el poder a grupos plutocráticos (G-7, G-8, G-20) incapaces de llevar a cabo una gobernación democrática a escala mundial; y, lo peor de todo, apoyados en un poder mediático sin precedentes, han invadido, basados en la mentira y la simulación, países como Irak y han construido muros (Estados Unidos/México; Israel/Cisjordania; Marruecos/Sahara...) en lugar de derribarlos.

Los globalizadores no transigieron ni un ápice en sus planteamientos de dominio absoluto, y no hubo “dividendos de la paz” al término de la Guerra Fría; ni se exigió un código de conducta a las grandes empresas multinacionales. No sólo se privatizaron fondos sino responsabilidades de gobierno. Tráficos de toda índole (armas, drogas, personas!) siguieron actuando en medio de la mayor impunidad en el espacio supranacional. La Organización Mundial del Comercio se situó directamente fuera del ámbito de las Naciones Unidas. Y ahí sigue. Después de las “burbujas” de las TIC y de las inmobiliarias, ahora se está desarrollando de forma inaudita la del “entretenimiento colectivo” para que la gente siga sumisa, obediente, silenciosa, completamente “captada” por los grandes ídolos deportivos (entrenadores incluidos) y del espectáculo...

La producción se deslocalizó hacia el este –sobre todo hacia China, convertida en “fábrica del mundo” sin reparar en las condiciones laborales ni la observancia de los Derechos Humanos- y el talento se desplazó hacia el oeste. En contra de lo que era de esperar en países armados hasta los dientes, se hallan totalmente inermes ante catástrofes naturales (terremotos, inundaciones, incendios forestales,...) o provocadas. Y el medio ambiente se sigue degradando porque, como en las situaciones anteriores, los líderes de los países más poderosos de la Tierra no comparten el diseño del Presidente Franklin Delano Roosevelt: Sin las Naciones Unidas de “los pueblos”, que debían “evitar el horror de la guerra a las generaciones venideras”, es muy

difícil componer “hojas de ruta” adecuadas para los cambios radicales que son no sólo imprescindibles sino apremiantes.

En efecto, el Sistema de las Naciones Unidas dispone, junto a la ONU, de instituciones especializadas en la alimentación, el trabajo, la salud, la educación, la ciencia y la cultura, la mujer, la infancia... y el desarrollo. El desarrollo se basaba en compartir los recursos naturales y conocimientos, la tecnología y los medios financieros. Pero pronto las ayudas se convirtieron en préstamos y la cooperación en explotación. El desarrollo debía ser integral (no sólo económico sino social), endógeno (con la promesa, en 1974, que con los países más avanzados invertirían en los países más necesitados el 0.7% de su PIB) y sostenible (de tal modo que se reemplazaran los productos consumidos y se garantizara la habitabilidad y calidad de vida). Por fin, en 1989 Richard Jolly, co-administrador general de UNICEF, publicó un libro titulado “Desarrollo con faz humana”: Sí, desarrollo humano... porque el desarrollo promovido por el Banco Mundial, con el famoso “ajuste estructural”, favorecía el endeudamiento y el sometimiento. Como ha dicho Carlos Muñiz, el lamentable resultado eran “países en vías de sub-desarrollo o, todavía peor, “sub-países desarrollados”.

La situación a escala planetaria es, sin paliativos, muy grave... y, sin embargo, por primera vez en la historia son posibles cambios radicales en muy pocos años.

Vivimos, en efecto, momentos fascinantes porque en las últimas tres décadas la humanidad ha progresado muchísimo en la adquisición de una “consciencia mundial” (y por tanto, la posibilidad de comparar, de apreciar lo que se tiene y las precariedades de los otros), resultando en actitudes solidarias; se ha incrementado sustancialmente el número de mujeres en la toma de decisiones; y se ha hecho posible la participación no presencial (SMS, Internet).

Amin Maloof lo ha expresado con una gran precisión: “Situaciones sin precedentes requieren soluciones sin precedentes”. Y estas soluciones existen, por mucho que se empeñen en mantenernos resignados y distraídos.

El gran problema de la energía no puede resolverse con un número mayor de barriles de petróleo. Deben ponerse en marcha, con gran imaginación, todas las fuentes alternativas que, en lo posible, carezcan de efectos contaminantes por los gases con “efecto invernadero”. Hay que tener la valentía y el liderazgo necesarios para empezar la sustitución de las centrales nucleares que utilizan uranio por las que podrían utilizar torio, mineral mucho más abundante y, además, sin residuos contaminantes, aunque con ello deba transformarse -en favor de la sociedad mundial, responsablemente- la gran industria y los extraordinarios intereses que en estos momentos se hallan detrás de la actual producción de energía nuclear. Y debe desarrollarse, asimismo, la energía termosolar que podría, especialmente en determinadas regiones de la Tierra, ser un excelente origen de energía... Y lo mismo podemos decir en cuanto a la producción de alimento. Y al acceso de todos a unas condiciones higiénicas y sanitarias adecuadas.

Una gran transición es urgente desde una economía de guerra y dominio a una economía de desarrollo global sostenible. De una cultura de imposición y violencia a una cultura de diálogo, conciliación y paz. De la fuerza a la palabra: este gran cambio histórico, de época, de era, está al alcance de los habitantes de la Tierra en el siglo XXI.

Para estas grandes transiciones, tenemos que pasar rápidamente, mediante la educación adecuada, de súbditos a ciudadanos. De espectadores impassibles a personas dispuestas a compartir, a desvivirse por los demás. El tiempo del silencio ha concluido.

Es necesaria la educación para ser uno mismo, para ser “libre y responsable”. Según la Comisión para la Educación en el siglo XXI presidida por Jacques Delors, es necesario aprender a conocer; a hacer; a ser; y a vivir juntos. Me gusta añadir aprender a emprender y aprender a atreverse. Junto a empresarios –el riesgo sin conocimiento es peligroso pero el conocimiento sin riesgo es inútil- que sitúen resueltamente la ética en el centro mismo de su acción cotidiana.

La esperanza radica en la igual dignidad de todos los seres humanos, capaces de crear, de inventar su futuro, para hacer posible el gran sueño de la humanidad, que sería el mejor legado a las generaciones venideras: un nuevo comienzo.

Federico Mayor Zaragoza

Septiembre de 2010